

UNA ENCRUCIJADA DECISIVA

Si, estamos en una encrucijada decisiva. Y a todos los niveles: el humano y el cristiano, el social y el individual, el cívico y el religioso. Porque, en la práctica, todos estos niveles se influyen mutuamente y no podemos —por el cómodo expediente de esconder la cabeza debajo del ala— desentendernos del momento.

Los hombres y mujeres creyentes no deben añorar otra vida situada más allá de las nubes como solución a los problemas humanos. Ni los que están al margen de la creencia pueden optar por la seguridad inmediata sin pensar en el futuro de las actuales generaciones jóvenes o de las por venir.

En estos días se impone una meditación, incluso a la luz de las palabras de nuestros obispos y del Papa, de estas inquietudes que no debían faltar al menos en los más conscientes.

Parece enteramente que se haya levantado un nuevo clamor en la Iglesia, a juzgar por lo que leemos en la prensa. De su modorra casi inveterada ha empezado a despertar, y —aunque sea entre algodones que las apagan demasiado —se oyen voces que nos transmiten un relente de cristianismo. De ese cristianismo que aportó al mundo —cuando vino Jesús, pero no cuando siguieron después sus discípulos— aires de libertad y de reconstrucción positiva de todo lo humano.

Los griegos —de quienes hemos sido, cultural y socialmente, ciegos seguidores, para desgracia nuestra— pensaban que «el hombre era, o bien parte de la sociedad, o bien parte del cosmos, en los cuales la libertad —insatisfactoria libertad— no era definida sino como conciencia de la necesidad...» (C. Glayman, *Garaudy par Garaudy*). Esa «conciencia de la necesidad» que paraliza, tranquiliza y hace conformistas inmóviles.

Pero, para asombro de nuestra incuria cristiana, reconoce el profesor Garaudy —un incrédulo y un marxista— que «la fe cristiana ha aportado a la civilización el sentimiento de que el hombre es plenamente responsable de su Historia, que no tiene que obedecer a ninguna fatalidad» (o. c.). La nueva perspectiva del Evangelio es ciertamente que «el mundo es un mundo por hacer».

Este descubrimiento debía servirnos —a creyentes y a increyentes, pues es ya patrimonio de todos— para volver a compulsar todas nuestras rutinas, miedos, afanes de seguridad y conformismos que nos paralizan. Y hacerlo a la luz de esta fuerza cambiante —que unos llaman evolución biológica y otros progreso humano— que, en el mundo y en el hombre, debe darse y desarrollarse, y que se manifiesta en el ejercicio de la libertad, para —a través de ella— construir, crear y progresar.

En una palabra, que nuestra moral debe ser no algo frenador, paralizante, complaciente y conformista, sino el «traer a la existencia lo que todavía no exista», como asegura con razón R. Garaudy, o como afirma el Padre I. Lepp que es ético «todo lo que favorece la existencia no sólo de los santos y héroes, sino de la masa de los hombres».

Por eso, nuestra meditación del momento debía partir —para evitar desenfocar con nuestra emotividad de compromisos la realidad actual— de lo que algunos españoles especialmente perspicaces dijeron hace años.

Machado, Antonio Machado, fue uno de ellos.

Y decía del país que descubría entonces que «mientras no se descienda a estudiar al hombre del campo no acabaremos de explicarnos los más rudimentarios fenómenos de la vida española» (A. Machado, *Antología de su prosa*. Ed. Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1970). «Elementos —continuaba diciendo— que son la política y la Iglesia» (o. c.).

Eran aquellos tiempos de «los caciques y los curas» (o. c.). Hoy, ese esquema rural queda desfasado; pero lo que no cabe la menor duda es que la sociedad y la Iglesia están mutuamente influidas entre sí, para bien o para mal, cosa que vemos todos los días. El Concordato, que se está revisando, es claro síntoma de ello. Y, además, las cosas ya no pasan sin pena ni gloria, porque surgen protestas —como en la revista eclesiástica «Resurrexit»— de que se están nombrando actualmente demasiados obispos auxiliares —que no tienen que pasar por los trámites concordatarios— para superar la situación presente no resuelta del nombramiento de obispos. Y comienza a saberse —partiendo de una postura antagónica a la anterior— que varios sacerdotes calificados, que se les ha intentado nombrar obispos, han renunciado a este cargo antes tan apetecido, probablemente porque querían soluciones definitivas y no eventuales. Y menudean

las noticias —de una parte y de otra— que dan la sensación de que algo nuevo se está preparando en nuestras relaciones Iglesia-Estado; pero, incomprensiblemente, parece que el estamento eclesiástico de altura es quien menos desea una transformación realmente clarificadora de ambos campos —eclesiástico y civil—, a juzgar por los avisos públicos que se han hecho de que este proyecto será sólo un reajuste, y no un verdadero cambio. Y, mientras tanto, al pueblo fiel se le deja como pasivo actor de este proceso que es a él a quien más afecta.

Es lo que señalaba Machado, del ámbito de la cultura, cuando decía: «Nos empeñamos en que este pueblo aprenda a leer sin decirle para qué» (o. c.). Se nos habla de cosas sin tener parte ninguna en ellas, y se nos dirige en un sentido determinado sin que sepamos ni decidamos los motivos de ello.

Parece enteramente que tenga razón nuestro clásico Baltasar Gracián cuando hace la descripción de nuestros tres fallos en la estructura social profana y eclesial: «El querer mandarlo todo y servir a nadie»; «el lucir y el carear»; y «el hablar mucho, alto y hueco» (B. Gracián, *El Criticón*).

Todo esto no es —a poco que se reflexione— sino un falso sustitutivo de lo que debería ser: de la responsabilidad activa, de los móviles de cooperación y de la aceptación del individuo en su incipiente mayoría de edad cultural y religiosa.

Es lo que nos lleva por lo mismo —en lo religioso y en lo humano— a desajustes y frustraciones, a agarrarnos —como a un clavo ardiendo— a nuestros afanes de seguridad infantiles, en vez de ir paso adelante hacia una verdadera madurez humana y cristiana. En vez de abrir perspectivas constructivas a la juventud, los adultos —y en especial los católicos— la hemos vuelto escéptica y disgregada. «Pienso —dice en confusa mezcla Monseñor Añoveros— que el desconcierto en el mundo juvenil, de ateísmo, drogas, músicas alienantes, erotismo, protestas, etcétera... pueden provenir, en gran parte —y aquí sí que da con el dedo en la llaga— de haberles ofrecido, incluso dentro de un clima cristiano, ideales baratos, mediocres».

El inconformismo juvenil es, además, un signo —para Monseñor Añoveros— «del rechazo de una sociedad de convencionalismos fingidos, en la que abundan injusticias e injustos racismos, totalitarismos de diversos signos, trato diferencial a los hombres según las categorías del dinero y del poder» («Ya», 14 enero de 1971).

Es lo mismo que un científico anglosajón señalaba con mayor precisión, y que deberíamos aplicar al entorno social cambiante —juvenil y adulto— que —para mi gusto— no es bastante analizado: «La delincuencia juvenil, la neurosis, la enfermedad psicosomática, el aburrimiento, la angustia, la culpabilidad y otros sentimientos han aumentado en proporción a nuestro desarrollo tecnológico —que no es socialmente humano en grado suficiente—, y es por la falta de un designio unificante... por lo que se producen tales síntomas» (J. Wilson, *Lo absurdo de nuestra moral sexual*. Ed. Fontanella, Barcelona, 1968).

Estamos bajo el peso aplastante —como dice Wilson— del aburrimiento y de la angustia. Y hemos de meditar cuidadosamente sobre ello, para no dejarnos vencer por su viscosa resistencia paralizante.

Nuestro programa inmediato, superando aquellas circunstancias que sean negativas en el mundo que vivimos, debía ser hacer un esfuerzo —con la pluma, la palabra y la educación— para hacer más hombres, y no permitir que «los más sean sombras» de hombre, como decía Gracián. Y en esto, los católicos —en una sociedad que todavía tiene tantos títulos de cristianismo— debíamos tener un papel de gran responsabilidad en esa realización individual y colectiva, profana y religiosa, humana y cristiana, porque en la realidad concreta, todos esos elementos se unen, se quiera o no. Hasta la Iglesia —sea bueno o malo— depende de la sociedad en que vive y ésta también se influye por ella en nuestro complejo mundo del siglo XX.

Son tiempos de meditación activa para no dejarnos caer en el totalitarismo religioso o humano de que hablaba Monseñor Añoveros como reacción de puro escepticismo. No debíamos tampoco hundirnos en la evasión religiosa, o en el desánimo humano, sino vivir en la alerta activa que prepare el porvenir constructivo de hombres, y no de sombras. Eso es lo que pide el Evangelio, la Iglesia del Vaticano II y estas voces de obispos que —con sus matizaciones— tienen que sonar claras a nuestros oídos.

MIRRET MAGDALENA